

INMIGRACIÓN Y NACIONALISMO VASCO

1. LA ERA DEL HIERRO Y EL DORADO VASCO

La febril actividad mercantil e industrial que tuvo lugar en la Vizcaya del último tercio del siglo XIX exigió la utilización de mano de obra en número tan elevado que ni la propia provincia ni el resto del País Vasco podían suministrar.

Las transformaciones mercantiles e industriales que tuvieron lugar en este territorio provocaron alteraciones tan radicales en la estructural social vasca y en sus pautas de comportamiento que es imposible reconocer hoy los elementos principales que caracterizaron al período preindustrial vasco. En efecto, pronto la industrialización dejará atrás las formas de vida tradicionales y la imaginería romántica, toda vez que una nueva sociedad de corte plural a la que se acogieron miles de inmigrantes procedentes de las provincias limítrofes empezaba a abrirse paso. Así, centenares de trabajadores procedentes de la vecina Castilla y de otras regiones de España buscaron cobijo en el solar vasco mientras huían de sus trabajos temporales, de misérrimos niveles de vida y parcos salarios. Los recién llegados, junto a los propios vascos que de las comarcas rurales se encaminaban a las nuevas zonas fabriles, compusieron el contingente humano que la revolución demográfica y laboral vinculada a la transformación industrial vasca necesitaba. Del volumen de esta revolución hablan por sí solas las cifras: Vizcaya pasó de tener 112.371 habitantes, en 1800, a contabilizar 349.923, en 1910. Guipúzcoa entró en el siglo XIX con 106.552 almas y lo terminó con 195.850. Fueron tiempos en los que oleadas de inmigrantes se dirigieron hacia el margen izquierda de la Ría bilbaína, con las consecuentes secuelas de urbanismo caótico, hacinamiento desmesurado y lógicos problemas de salubridad.

2. LOS MAKETOS

Este proceso de acumulación capitalista e industrialización acelerada por el que a través Vizcaya a partir del último tercio del siglo XIX fue duramente criticado por el fundador del nacionalismo vasco, Sabino Arana y Goiri: «¡Plegue a Dios que se hundan en el abismo los montes de Bizkaia con su hiebro! ¡Fuera pobre Bizkaia y no tuviera más que campos y ganados y seríamos entonces patriotas y felices!», escribía Arana en 1895. Y fue aquel mismo año cuando criticó a los protagonistas del proceso industrial vasco: «[El Partido Nacionalista Vasco] que no tiene entre sus adeptos ningún apertaminado aristócrata, ni capitalista fuerte alguno, es capaz el día de mañana de pretender que se conviertan todos los capitales en fusiles para obtener la libertad de la nación», afirmaba en el periódico *Bizkaitarra* de 20 de enero de 1885. Ocho años más tarde, en 1893, los seguidores de Arana y Goiri, haciéndose eco de las tesis del maestro, insistían que en el futuro Estado vasco (Euskadi) que proponía el fundador, se prohibiera la industria y sólo se pudieran fabricar objetos de madera, además de impedirse la explotación de las minas.

Sobre la base de tamaños planteamientos no es de extrañar que las masas obreras protagonistas de este cambio industrial, y que en buen porcentaje eran inmigrantes, sufrieran el acoso del nacionalismo vasco. No en vano, un fenómeno —construcción de fábricas— estaba ligado al otro —entrada masiva de población foránea en las provincias vascas—. Pero, además, el origen del «bizkaitarrismo» tuvo mucha relación con este flujo migratorio. En efecto, permutando conceptos de raza y pueblo en lugar de aquellos otros de clase social, Arana concluyó con suma rapidez que los recién llegados nada tenían que ver con los fornidos y lustrosos vascos, que apenas podían disimular su complejo de nuevos ricos de fábrica y mina. Sin embargo, de idéntica procedencia, pero bien distinta adscripción social, eran los veraneantes de Lequeitio, Fuenterrabía o San Sebastián que jamás habían motivado preocupación alguna.

Fue a los inmigrantes pobres a los que Arana Goiri dedicó sus más exquisitas repulsas y epítetos infames. Para empezar los definió genéricamente con el nombre de «maketos», y al país del que procedían —España— «Maketania». Estos maketos contribuían, en su opinión, a desestructurar la tradicional forma de vida y costumbres del pueblo vasco. De entrada, «impregnaban con su lengua forastera» el habla cotidiana de algunas reducidas zonas del País Vasco, acostumbradas al uso del euskera (aun cuando este idioma perdía terreno en favor del castellano desde finales del siglo XVIII). Además,

estos maketos traían de fuera elementos culturales distintos a los vascos, que podían «contaminar» la pureza racial y espiritual del vasco. Y lo que es peor, los forasteros importaban consigo ideas políticas extranjeras y peligrosas: «Del socialismo, ¿qué vamos a hablar? Predicado por tres o cuatro maketos, hijos de un país que no ha conocido jamás ni la libertad, ni la igualdad, ni la fraternidad, ni el equilibrio económico, y siendo en sí considerado un sistema radicalmente opuesto a nuestras antiguas y sabias leyes, no ha encontrado eco en Bizkaia, y no es otra cosa de darle una importancia de la que carece» (*Bizkaitarra*, 27 de abril de 1884.)

Ante la cuestión obrera, Arana opinaba que los obreros vascos —a los cuales diferenciaba claramente de los maketos— no podían unirse a éstos, a pesar de que unos y otros estaban oprimidos por el capitalismo y sus protagonistas más inmediatos, los industriales liberales y españolistas de Euskaria. Los operarios vascos tenían la obligación de unirse entre sí para no contaminarse del influjo de los «extranjeros», portadores, además, de «ideologías repugnantes». Aún había más: las desigualdades sociales nacidas al amparo del capitalismo vasco que tantas veces denunció Arana, se solucionarían simple y llanamente con la expulsión de los inmigrantes. Es decir, si no hubiera maketos no se organizarían huelgas ni existirían conflictos sociales.

Siguiendo con esta argumentación arañista de rechazo al inmigrante, y emulando en todo a las corrientes románticas alemanas, el inventor del nacionalismo vasco dedicó un apartado de su ideología a la demostración de que la raza vasca era superior a la española de la que Arana, por supuesto, no quería ni oír hablar: «El bizkaíno es inteligente y hábil para toda clase de trabajos; el español es corto de inteligencia y carece de maña para los trabajos más sencillos. Pregúntaselo a cualquier contratista de obras y sabréis que un bizkaíno hace en el mismo tiempo tanto como tres maketos juntos» (*Bizkaitarra*, 28-30 de 1895).

Arana llegó a prohibir en sus escritos el casamiento entre vascos e inmigrantes maketos que pertenecían a «la raza más vil y despreciable de Europa». El racismo manifiesto de Sabino Arana y sus seguidores hacia los recién llegados queda patente en este escrito, firmado por el propio Arana, fechado el 30 de junio de 1895 en el periódico *Bizkaitarra*: «Si algún español que estuviera, por ejemplo, ahogándose en la Ría, pidiese socorro, contéstale si eres vasco, *nik estakit erderaz*, es decir, yo no entiendo el español.»

El odio de Arana hacia España tuvo una intensidad fuera de lo común. Todo buen vasco que se preciase de tal estaba obligado a desear la ruina y destrucción de este país. En la medida que esto fue-

ra así, la intensidad de la opresión y la invasión *maketa* hacia la patria vasca —Euskadi— sería menor. No importaba —decía Arana— que España fuese fuerte o débil, rica o pobre. Estaba esclavizando a Euskadi, y esto era causa más que suficiente para odiarla con todo el alma, así se encontrase en la cumbre de su grandeza como al borde de su miseria.

Todo este discurso, plagado de agresividad, hay que enmarcarlo dentro del edificio derrumbado del País Vasco agrícola y pastoril que demolía el viejo orden tradicional con un trauma nada piadoso. La carga de modernización industrial que tuvo que soportar aquella sociedad de fin de siglo, de estilos y creencias semimedievales, y que estaba dolida por la reciente abolición foral de 1876, y que por añadidura recibía inmigrantes a marchas forzadas, trajo inmediatas y siniestras actitudes de represión étnica. La identificación de la pérdida del idioma y de los valores clásicos del mundo rural vasco, con la «amenaza» de los recién llegados, puso la semilla del odio de los oriundos hacia los foráneos. Al fin y al cabo, Sabino Arana edificó una doctrina política que predicaba el desprecio a «los de fuera», en unos momentos en que la conmoción social se sumaba a la crisis política de las postrimerías del pasado siglo.

3. EDULCORANDO ERRORES

A pesar de que la mayoría de los nacionalistas siguieron a pie juntillas las tesis del fundador de esta doctrina, sin embargo, hubo algunas voces «disidentes» que se atrevieron a humanizar las líneas conductoras del racismo de Arana Goiri. Así, durante el verano de 1923, y a raíz de la polémica que se abrió en Bilbao por motivo de la agresión que sufrieron algunos comunistas por parte de la guardia civil, el líder nacionalista Eli Gallastegui insistió en varias publicaciones sobre las posibilidades que ofrecía para el nacionalismo vasco el acercamiento a los colectivos obreros. Por otro lado, Manuel de la Sota escribía que la realidad vasca es un «cruzamiento inseparable de razas». En su opinión —por tanto— la respuesta del nacionalismo ante esta situación debía ser realista y didáctica a la vez. De la Sota observaba que no se acababa de desarraigar entre los jóvenes nacionalistas la costumbre de insultar a los maketos, ante lo cual afirmaba: «No hay en el mundo sentimiento más abyecto que el del desprecio a nuestros semejantes por motivos de orgullo nacional.»

Aunque las palabras de Manuel de la Sota produjeron algunas reacciones encontradas entre la militancia nacionalista, el 28 de julio de 1934 el periódico *Jagi-Jagi* volvía a incidir en postulados anti-racistas, esta vez ya con carácter de campaña:

«La palabra maketo no debiera ser pronunciada por ningún nacionalista, como insulto al de fuera, por el simple hecho de no haber nacido en nuestro pueblo. El español que llegó aquí para labrarse una profesión y con el sustento de su trabajo poder hacer frente a los agobios de la vida, tiene para nosotros todo el respeto que su dignidad de hombre alcance a merecer. Y este respeto se hace más ostensible al saber que algunos de ellos llegaron a reconocer la justicia de nuestra idea a cuya exaltación consagraron no ya sus actitudes sino su propia vida inmolada en la defensa de Euskadi. En lugar de maketo, que parece ahuyentar a quien quiere unirse al ejército nacionalista y hiere a quien está ya dentro de él, empleemos la palabra invasor, que deja de serlo en cuanto haya asimilado nuestras ideas de Justicia y Libertad y una sus energías a nuestras reivindicaciones sociales vascas.»

La aparición, en 1930, de un partido nacionalista de tintes republicanos y progresistas cual fue ANV, había representado un papel de primera línea en pro del repudio del racismo de Arana y Goiri. Sin embargo, la militancia de esta nueva organización fue muy exigua.

Tras el final de la guerra civil y hasta 1959, año en que aparece la organización terrorista ETA, el PNV no cambió su estrategia hacia los inmigrantes. Fue este sector belicista del nacionalismo el que propugnó la incorporación al Movimiento Vasco de Liberación Nacional de todos aquellos ciudadanos del País Vasco que aspirasen a la formación de un Estado vasco socialista e independiente. No importaba ahora ni el origen ni los apellidos.

Por su parte, el Partido Nacionalista Vasco ha esperado hasta el 9 de enero de 1988 para reconocer que existe en el País Vasco un real pluralismo ideológico. Fue entonces cuando Xabier Arzalluz, líder indiscutible de esta formación política, lamentó que su partido hubiese otorgado la condición de vascos sólo a los nacionalistas. Se trata del famoso «discurso del Teatro Arriaga» que, sin embargo, no ha impedido que después de esta fecha hayan surgido declaraciones corrosivas por parte de la militancia del PNV que resuciten los viejos fantasmas aranistas acerca de la raza vasca. En efecto, haciendo gala de un trasnochado discurso xenófobo, el mismo Xabier Arzalluz, impulsor del «espíritu del Arriaga», volvió a utilizar la dialéctica «ellos/nosotros» para distinguir a las claras las diferencias existentes entre los vascos y «los de fuera», y a insistir, a comienzos de 1993 en una conferencia pronunciada en Tolosa, sobre las virtudes de la raza vasca a la que diferenciaba de otras, especialmente de la española. Afirmó incluso que no era lícito permitir que «los de fuera» controlasen con sus votos la situación política del País Vasco. Una vez más, por

tanto, la diferenciación originaria entre «los de aquí» (vascos) y los inmigrantes volvía a aflorar en el seno de los dogmas nacionalistas encarnados en el PNV